

*Contextos y texto de una crónica  
Libro tercero de la historia religiosa  
de la Provincia de México de la Orden  
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,  
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Para concluir

El *Libro tercero* es un universo de gran riqueza. En él el autor vertió las historias de aquellos frailes a quienes se les reconocía como varones virtuosos, y por ello ejemplares. También incluyó en su obra otros aspectos de la historia de la Orden de Predicadores en la Nueva España, amén de ciertos elementos de la realidad de estas tierras que, según él juzgó, eran pertinentes para mejor comprender aquello que pretendía transmitir en su crónica.

Nuestro acercamiento ha sido alimentado por la intención, no sólo de dar cuenta de aquello que formalmente contiene la crónica, sino de observar con detenimiento, entre letras y entre líneas, para descubrir otros de sus componentes y acceder a una lectura, acaso más profunda, cuyos resultados sean capaces de invitar a otros lectores a introducirse en ese otro lado de la obra que, a una primera mirada, parece oscuro, oculto y por ello poco evidente.

El espacio y el tiempo implicados en las narraciones que componen la obra de Ojea se abrieron, crecieron, alcanzaron proporciones demostrables que sorprenden. De la simple percepción temporal y espacial limitada que pueden dar las fechas y los sitios que están mencionados porque en ellos se desarrollaron los hechos que se narran en la crónica, fue posible pasar a otro nivel, aquel de las fugas que una y otra categoría continuamente presentan y que llevan al lector a tiempos anteriores a aquel que corresponde a los límites que a simple vista presenta la narración tanto como a espacios que abarcan regiones muy lejanas. El tiempo y el espacio de la crónica se anclan al fin en el tiempo y el espacio por excelencia, aquellos en los que trascurre la salvación del hombre, aquellos en los que el ser humano percibe su continua y profunda relación con la divinidad. Tiempo y espacio en los que el autor confirma su cristiana percepción de la realidad.

Fray Hernando Ojea colocó las historias que narra a lo largo de su obra en un tiempo y un espacio que son los elementos primordiales del escenario en el que se desarrolla el drama humano de la salvación. Ello nos pone frente al autor en tanto hombre del siglo XVI y, lo más importante, ante un religioso dominico que percibe la realidad toda, incluida por supuesto la suya propia y aquella en la que se desarrollan los acon-

tecimientos narrados, anclada en la trascendencia, en el tiempo misterioso de la relación del hombre con su Dios y en el espacio en el que el hombre encuentra su razón de ser porque es el ámbito de su vínculo con el Creador.

Quedó visto que el tiempo y el espacio a que alude el autor son aquellos que comparte con los frailes virtuosos cuyas vidas son objeto de la narración que contiene su crónica. Se trata, en efecto, del vasto escenario de historias en las que sus actores se caracterizan por las virtudes que si bien no dejan de ser gracia divina, fueron objeto, por parte de cada uno de ellos, de una aceptación y una práctica continua que llegó a implicar la negación de sí mismos.

Es de toda evidencia que los actores de la crónica son ante todo frailes virtuosos, cuyas vidas están llamadas a constituirse en modelos a seguir por los miembros de sus comunidades. También es cierto que esos frailes todos juntos y con sus características peculiares conforman a un personaje ideal que es el religioso novohispano y santo, ideal de perfección y heroísmo, que está llamado a vivir plenamente la amistad con su Creador. Una vez más, en la construcción de este ideal, el autor se muestra como lo que fue: un hombre enraizado en sus circunstancias, hijo de su tiempo, fraile dominico, habitante de la Nueva España.

El empeño del cronista por dar cuenta de la virtud en los conventos novohispanos rebasa con mucho la intención de poner ante el lector un mero discurso apologético, pues se trata de una obra con un profundo sentido pedagógico. En ella lo importante es poner al alcance de los religiosos las biografías de frailes santos, mismas que debían ser tanto como motores que impulsaran a sus hermanos de instituto a llevar una vida santa: *Magis movent exempla, quam verba*. Asimismo, difícilmente puede pensarse, pues no existe la menor señal de ello, que las pretensiones de Ojea fueron las de defender los intereses de su provincia ante aquellos del clero secular que, según se dice, se les anteponían, sobre todo en lo que al proceso de secularización se refiere, pues es un hecho que la inmensa mayoría de las fundaciones dominicas en Nueva España fueron secularizadas mucho después.

La virtud de los religiosos, actores de las historias que narra fray Hernando Ojea, igual que el tiempo y el espacio en la crónica, llevan de la mano al lector atento hacia otro nivel, acaso más profundo, que subyace en el texto. Se trata de la visión que el autor tiene de sus propias circunstancias, que no son otras que la realidad novohispana, en general, y las peculiaridades de la Provincia de Santiago de México, en particular. Ambas instancias se vinculan a tal grado, que una sin la otra no serían comprensibles. La Nueva España es el espacio en el que la Provincia de Santiago encuentra su singularidad. Tierra donde es po-

sible la implantación del evangelio, región que ofrece a los frailes predicadores el ámbito para la realización de su ministerio entre los naturales, cuyo carácter sella indeleblemente el que es propio de su proceso de cristianización.

El espacio y el tiempo de la realidad de estas tierras, espacio y tiempo que se anclan profundamente con la historia de la salvación y, vinculándose con ello, la evidente posibilidad de virtud y santidad, son en el fondo motivo de orgullo para el autor, quien desde allí nos enfrenta a un sentimiento criollo en la perspectiva que corresponde a un fraile predicador. En efecto, en la medida en que las vidas de los frailes son ejemplares y son parte del devenir novohispano, queda más que probada la posibilidad de la virtud en estas tierras, que se refuerza en la medida en que, a través del texto, el autor pretende mover a los frailes jóvenes a la vida virtuosa. Así queda probado que ésta es tierra fértil para la virtud, por lo que es digna de ser considerada y admirada. A ello se agregan las descripciones tanto de la ciudad como del convento. Sin duda todos estos elementos apuntan con claridad a mostrar el espíritu criollo del autor.

Puede decirse, en suma, que la crónica de fray Hernando Ojea es, al tiempo que relato de algunos episodios del devenir de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, sobre todo un conjunto de historias de vida en las que se valoran las virtudes que adornaron la existencia de algunos frailes de la misma. Pero, sobre todo, se trata de una exposición de los elementos constitutivos del fraile dominico novohispano ideal. Dicho de otra manera, lo que el autor nos ofrece es la imagen del fraile dominico perfecto construida con los elementos requeridos por una provincia con las características que tenía en ese entonces la de Santiago de México.

Es así que, si por un lado el *Libro tercero* ofrece la imagen del religioso ideal, santo y perfecto, ejemplo a seguir por los miembros de la orden en Nueva España, por el otro constituye un discurso integrador, en el cual se percibe la búsqueda de una identidad propia de la provincia, cuyo carácter, a pesar de lo que algunos de sus miembros pudieran esperar, era ya, a finales del siglo XVI, novohispano y criollo, con un rostro tan propio como las tierras que ya eran plenamente la Nueva España.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS